

Women and work, the job of focusing on life

LA MUJER Y EL TRABAJO: EL OFICIO DE OCUPARSE DE LA VIDA¹

Ana Lucía Mesa Franco²

Resumen

El siguiente artículo presenta aspectos relevantes para comprender la transformación de la mujer en el mundo del trabajo a partir de los oficios, particularmente el de la modista. Cambios que llevan a comprender su participación en el mundo de lo público a partir de un tránsito que desde la ejecución de un oficio, permite acercarse al plano doméstico de su labor hasta llegar al escenario de lo público. Movimiento que lleva a pensar cómo a pesar de estos tránsitos, la mujer no se desliga de su naturaleza conectada al hogar, aunque pareciera que todo cambiara a su alrededor. En este texto corto se relaciona la mujer en los oficios inicialmente dos labores que se constituyen en el pilar de su esencia en el hogar alrededor del ritual de los alimentos y el cuidado a través del vestido, para llegar a la reflexión central que se presenta acerca de la mujer y el trabajo, desde el oficio de la costura. En donde se hace referencia a procesos de individuación que permitan comprender cómo se asume la mujer en el trabajo, desde las características propias de un oficio.

Palabras clave

Trabajo, oficios, costureras, arquetipos femeninos, trabajo-labores.

¹ El siguiente artículo surge de la tesis realizada para optar por el título de Magíster en Historia: *Historia del oficio de modista en Medellín, 1940 – 1980 procesos de individuación y prácticas de subjetivación*. Universidad Nacional sede Medellín, 2014.

² Magíster en Historia. Coordinadora de Prácticas de la Facultad de Comunicación Social y Publicidad. Fundación Universitaria Luis Amigó. Adscrita al grupo de investigación Urbanitas. Correo: ana.mesafr@amigo.edu.co

Abstract

This paper presents relevant aspects for understanding the transformation of women in the workplace from trades, particularly dressmaking. Changes that lead to understand their participation in the public world, a transit, from the execution of a trade, approaching the domestic level allows their work to reach the public stage. A movement which suggests, despite these transits, that a woman is not dissociated from her home connected nature, but it seems that everything has changed around her. This short text relates how women who work in trades initially have two jobs which constitute the mainstay of their essence in the home based on the ritual of food and caring from dressmaking, in order to reach the central reflection that occurs about women and work. Regarding the processes of individualization to understand how a woman takes on the job, based on the features of a trade.

Keywords

Work, trades, seamstresses, female archetypes, work-work.

Introducción

Hablar del trabajo femenino obliga a pensar en diferentes facetas de la vida de las mujeres en el ámbito familiar, personal y público, pasando por el social. Solo que al hablar de lo social es factible pasar por alto las implicaciones de una reflexión sobre su papel en la esfera pública que resultan necesarias al pensar en el trabajo de las mujeres.

El trabajo en sí, como definición, también conmina a situarse en el escenario productivo, económico y socio-cultural que manifiesta el impacto de las prácticas laborales, todo ello vinculado a la esfera de lo público; sin embargo, el trabajo femenino incluye un asunto adicional y es el de su vida privada. No es posible referirse a él sin mencionar el impacto que ha tenido en la esfera privada de la mujer su incursión en la vida laboral. Para empezar y como objeto en este artículo se hará referencia al antecedente del trabajo femenino desde el campo de los oficios.

El oficio de ocuparse de la vida

El camino recorrido por la mujer en el mundo del trabajo se presenta repleto de laberintos, señalado por voces que indicaban a la mujer qué hacer, según el momento que vivía y las circunstancias que la rodeaban. Con autoridad reiterada en diversas latitudes dichas voces se dieron a la tarea de argumentar, si le resultaba necesario en realidad dedicarse a trabajar, o si por el contrario al trabajar la mujer se olvidaba de su esencia, porque al involucrarse en el mundo de lo público y sus dinámicas de producción modernas, perdía su natural esencia de lo íntimo y privado. Aquí se presenta un descentramiento en palabras de Foucault (1991), definitivo para comprender los cambios del papel de la mujer en los oficios. Tiene que ver con su condición social en el siglo en curso y los precedentes respecto a los oficios.

Entre algunas de las labores más antiguas de la humanidad vinculadas al quehacer femenino se encuentran la cocina y la costura. La primera de ellas desde el universo de los sabores, esencias y especias define la deliciosa entrega de una natural y, cada vez menos frecuente, labor nutricia relacionada con la mujer dadora de vida. Es así como las mujeres durante la historia de la humanidad destinaron toda o parte de su existencia a la culinaria, sin importar las características del entorno rodeadas de alimentos, utensilios, en suma, una variedad de artefactos, que facilitan o complican el momento de la preparación los alimentos. ¿Por qué lo han hecho?, por obligación o por gusto, con o sin contraprestación económica a cambio.

Al revisar las características nominadas como intrínsecas de lo femenino, por ejemplo, en relación con la alimentación, se encuentran seres mitológicos como Ceres o Deméter, diosas reveladoras del arquetipo femenino de la mujer-madre, modelo universal que se verá impactado por la cultura y el desarrollo económico de los pueblos. En un tiempo más reciente y en latitudes más próximas se puede recordar a mujeres como Tita, personaje que Laura Esquivel

nos presenta en *Como agua para Chocolate*. Tita es de esas mujeres que celebran la vida y su sensualidad a través de la comida, reafirmando una faceta que liga la esencia de lo femenino con su naturaleza comprometida con la supervivencia humana y que, a la postre, resultan siendo tareas denominadas como cosa de mujeres.

Para muchos, estos estereotipos descritos en la literatura y la iconografía de lo femenino en numerosas culturas, entran en conflicto, en la medida en que las transformaciones económicas del mundo moderno conducen a la mujer a situarse y cuestionarse frente a otros roles. Incursionar en lo público ¿significa olvidarse de su esencia?, ¿se multiplican los compromisos de la mujer con la sociedad? Tita acepta un sino esclavizante³ –para quienes leen su historia–, pero Tita lucha así desde el ritual de la comida, el que sabía hacer con maestría y el que le estaba permitido y siempre había sido validado por el afecto que media en su ejecución.

Esta situación lleva a preguntarse por otras realidades diferentes a la de Tita, pero con un destino no muy diferente. Investigadoras como Emma Dowling (citada por Federici, 2013) explican cómo las mujeres “proporcionan una fascinante descripción de lo que implica poner la propia subjetividad, la personalidad y los afectos en la esfera del trabajo asalariado bajo condiciones de creciente competitividad” (p. 197). Continúa Dowling, con un caso bastante típico en cualquier ciudad del mundo: el trabajo de mesera o camarera: “No solo estaba aleccionada (como camarera en un restaurante exclusivo en Londres) para situar los elementos ‘afectivos’ (conversación, entretenimiento, valorización del cliente) en el centro de su servicio para proporcionar una ‘experiencia gastronómica’ –de acuerdo con unas directrices” (Federici, 2013, p. 198. Y aquí cabe preguntarse quién será más libre entre la camarera y Tita.

Como diría Michel de Certeau (1999), estas mujeres están en un nivel de invisibilidad social, en un grado de no reconocimiento cultural, pues a sus labores cotidianas no se presta en general atención alguna: es necesario que se hagan esas cosas. Trabajos sin término visible, nunca susceptible de recibir un último toque. A pesar del no reconocimiento “es necesario que se hagan esas cosas”. Alguien las tiene que hacer, las mujeres consuetudinariamente han asumido estas tareas pagando precios muy altos, uno de ellos el de pasar desapercibidas e invisibles social y culturalmente, con consecuencias no menos profundas en su esencia, psicología y manera de interactuar con lo público.

Lo oculto y la invisibilidad de la mujer en sus oficios constituyen una de las improntas más relevantes cuando se busca comprender su tránsito hacia el mundo del trabajo. Y ese trasegar en la invisibilidad difuminada en la esfera íntima de lo femenino permite también recordar otros seres mitológicos reveladores de otras caras de lo femenino y sus labores cotidianas. Las moiras, diosas ocultas que tejen el destino de los otros, confundidas en su imagen sombría, porque jamás tejerán el destino propio, y aunque sometidas invisiblemente a la fatalidad, son responsables de la vida desde la domesticidad (Graves, 1985, p. 49).

³ La tradición dictaba que por ser la hija menor, jamás debía casarse y debía permanecer al lado de su madre hasta el día de su muerte.

Y es el compromiso con la vida, una de las condiciones que ha generado infinitos debates acerca de las circunstancias laborales femeninas, ese natural vínculo con el hogar, con el dar vida, hecho que, aunque nominalmente esté protegido por leyes nacionales e internacionales que exhortan a los Estados a proteger el estado de la maternidad, el cumplimiento de todas estas normas resulta bastante relativo, por las condiciones socio-económicas y políticas particulares, que constituyen tema de fondo para otros artículos.

Retomando patrones mitológicos que permiten explicar aún hoy los modelos femeninos en el escenario de los oficios y el trabajo se encuentra a Atenea, quien por el contrario aparece en otro lugar, el de la visibilidad del conocer según la mitología. Fuera del ámbito doméstico representó una lucha, inspiradora de muchos discursos que propugnan por ese otro lugar de la mujer en el mundo, inventora de la cocina, del tejido y el hilado, la diosa encarnó el lado doméstico y guerrero de lo femenino (Graves, 1985, p. 103). En simultánea recreó la intimidad de lo hogareño y el mundo público del trabajo. En ese momento fue subestimada por su papel de artesana; por el contrario era el artesano capaz de enderezar, de fabricar y construir.

Y es que no sería lo mismo hablar de artesano y artesana, la función de artesano sería desdeñada posteriormente, en el paso de lo antiguo a lo moderno teniendo en cuenta que las actividades identificadas con el artesanado tienen que ver con la fabricación y elaboración de productos esenciales para la supervivencia humana, luego en un grado mayor tendrían que ver con actividades manuales relacionadas con el arte, oficios y trabajos para la vida, así el trabajo de la madera, el hierro y materiales para facilitar la supervivencia estarían en primer orden reconocidos en las artesanías, igualmente labores relacionadas con el escenario doméstico también se incluirían allí como lo relacionado con culinaria y costura.

No obstante, el título de artesano con capacidad de visibilidad, participación y acción sería concedido a los sastres, no a modistas, mucho menos costureras. Prueba fehaciente de dicha herencia medieval la destaca Alberto Mayor Mora al referirse a la importancia de los sastres de mitad del siglo XIX en nuestro medio, al relacionar su labor con la formación de un carácter liberal independiente, cuyo crecimiento aportó a la consolidación de la manufactura, con tareas específicas. (1997, p. 270). Se observa así el impacto del oficio en la industria textil en Antioquia, la participación femenina se vería más tarde en la mitad del siglo XX.

El trayecto recorrido por la mujer desde la revolución industrial en los oficios revela giros y sobresaltos complejos y sutiles, que incidieron en la transformación de la mujer y el trabajo, y aquí resulta necesario destacar que es en su labor artesanal en donde se gesta el cambio. La costurera que cosía para un entorno próximo, prontamente pasa a cobrar importancia social en dicho espacio, bajo la vigilancia de los valores morales y religiosos, que definían las reglas de su oficio y las normas del vestuario. Se muestran allí prácticas de subjetivación a partir de la producción y la representación que dan pistas sobre los cambios que tendría la mujer a partir del ejercicio de la modistería.

Del mismo modo ha sucedido con el arte de confeccionar vestidos para sí misma y para los demás. Las mujeres costureras durante la historia de la humanidad cumplieron una labor diligente y humilde determinada por acontecimientos económicos y sociales definitivos para comprender cómo su papel tuvo un impacto cultural desde la esfera de lo privado y lo público, que permite leer cambios fuertes en su influencia dentro y fuera del hogar, a partir de su oficio. La publicidad en medios masivos de la prensa local en las décadas de los sesenta y setenta revelan el impacto femenino desde el ámbito privado proyectado a lo público. Se encuentra el ama de casa que innova en la moda para salir con las amigas o bien para tomar vacaciones en familia, evento que se puede localizar en una vía de reflexión y estudio correspondiente a la subjetivación cuando se refiere a los cambios socio-culturales que, para el caso, revela el oficio desde su práctica y desde el impacto que tiene en el mundo de lo femenino en el uso y la moda. La moda aquí tiene dos implicaciones simultáneas desde adentro, como artífice y creadora desde el oficio y desde afuera, como objeto de la misma que la sitúa en relación con el otro, con el mundo del afuera y de lo público y que lleva a comprender por qué en estos casos, es necesario, cuando se estudia a fondo el tema, hablar de momentos de individuación desde el hacer y de subjetivación tanto en la práctica de las acciones propias del diseño, corte y confección, como en el uso de la misma.

No se pretende aquí responder preguntas que indagan por las causas que motivan a muchas mujeres a rechazar este tipo de labores en su vida, tampoco se busca aquí participar en las disquisiciones suscitadas al comparar acepciones particulares a los oficios en mención, como *chef* y cocinera, o costurera y modista, si bien develan otra perspectiva de análisis acerca de lo privado y lo público en el plano del trabajo femenino, muy profunda desde la óptica etimológica e histórica de las palabras y conceptos.

El advenimiento de los quehaceres hacia la técnica y la vida moderna situaron, automáticamente, a la mujer en otro lugar frente a su familia y la sociedad. Basta recordar la revolución de los electrodomésticos en el hogar aparecida en las décadas del cincuenta y sesenta, para dar un vuelco notorio a su papel en el hogar y ver de esta manera cómo se aprecian las alteraciones que explican el lugar tradicional que siempre ocupó y los nuevos roles que establecían condiciones novedosas para ella dentro y fuera de casa. Se tiene así una mujer que seguía siendo responsable de la unión familiar alrededor de momentos fundamentales como el de la comida y el embellecimiento del hogar y de la familia desde el ejercicio de la costura y la modistería, y que con la irrupción de los electrodomésticos en el hogar tuvo la posibilidad de ser vista de otra manera y de acceder a espacios que antes se consideraban lejanos a su realidad laboral.

Desde finales del siglo XIX se observó con claridad las consecuencias que tendría la llegada de la mujer al mundo del trabajo, suceso respaldado por la revolución técnica en el hogar, sin salir de casa, y al mismo tiempo tenía la oportunidad de tener más “tiempo libre para sí misma”; condiciones propias de la vida moderna y esenciales para entender el giro que comenzaría a dar en el seno de la familia, una vez empieza a comprometerse cada vez más con el mundo laboral. Esta mujer iniciaba su aparición en la vida pública desde lugares como el ocio, las relaciones sociales, la vida cultural, inclusive desde las prácticas deportivas. La mujer tenía tiempo para otras tareas, legitimada por condiciones socio-culturales que se respaldaban en

unas condiciones económicas que favorecían su presencia espacios para afianzar su paso a lo público. Si bien la mujer como trabajadora es conocida desde la antigüedad, solo hasta la modernidad adquiere una comprensión diferente que validaba y aceptaba su participación en el mundo del trabajo, diferente a consideraciones de carácter socio-económico que otrora identificaron a la mujer trabajadora como aquella que necesitaba sobrevivir y por lo tanto carecía de reconocimiento y de opciones para llevar una vida mejor en lo social y lo económico. Eran las mujeres de clase media-baja las que debían trabajar, eran mal vistas en la alta sociedad y quedaban imposibilitadas para tener su propia familia, pues debían sacrificar su ideal de realización femenina por la supervivencia a órdenes de clases aristocráticas.

Solo desde sus quehaceres y en las consideraciones halladas en una visión decolonial sobre la mujer en el trabajo se puede estimar con claridad el impacto de lo femenino en lo privado, para sí misma y la familia. En ambos lugares se pueden encontrar arquetipos y modelos de identidad que labraron el terreno para configurar nuevas identificaciones y opciones de empoderamiento de lo femenino hacia lo público, que a través de huellas productoras de sentido como diría Eliseo Verón (1993), permiten identificar momentos que hablan de abandono de roles de lo femenino, otrora elementales cuando se hablaba de la mujer en la familia y la cultura.

Paulatinamente, en la medida en que la mujer se adaptaba al mundo del trabajo en la vida moderna, tenía menos tiempo para dedicarse a la familia y al cuidado del hogar. No se puede desconocer allí que estos eventos se han revisado desde diferentes enfoques de género referidos a la necesidad de una transformación del papel de la mujer en la sociedad y la cultura con respecto al devenir histórico, político y familiar característico de la modernidad.

Para apreciar este acontecimiento, no es necesario ir muy lejos. En la industria textil en Antioquia, consolidada desde finales del siglo XIX, se puede ver este fenómeno, lo cual no significa que el papel de la mujer en el oficio se perdiera entre la maquinaria industrial, sí adquiere matices diferentes en su labor y percibe un impacto total en los órdenes cultural, social y económico. De hecho, en la historia de la industria textil se observa por ejemplo que a las mujeres se les ocupó en labores que exigían cuidado y detalle, mientras a los hombres se les destinaba tareas más demandantes en cuanto resistencia física como la reparación de maquinaria. Es posible aquí encontrar características del fenómeno de la individuación que sobresalen en el modo de trabajar de hombres y mujeres en la industria textil y que bajo argumentos de orden económico y productivo llevaron a gerentes de las fábricas a asignar el trabajo a hombres y mujeres según su capacidad productiva, sustentada en la resistencia física y en el compromiso femenino con la familia, bajo la tutela de los valores morales y religiosos de la época.

En países como el nuestro (Colombia), los oficios y en particular el de la costurera llegaron con el sello de la burguesía europea; la costurera tenía dos lugares sociales. Por un lado, el de la clase alta en donde coser y bordar constituían una labor decorativa que enriquecía las virtudes femeninas. Por eso los denominados *costureros* estaban relacionados con las tertulias femeninas que reunían mujeres para hablar de “banalidades”, de acontecimientos familiares y sociales, y en últimas pasar el tiempo libre. Por otro lado, se encontraba la otra faceta del oficio,

se trata de la “modistilla”. En primera instancia, representantes de la mujer frágil, enfermiza inclusive, que alcanzaba a coser para sobrevivir, hasta llegar a la costurera que comienza a aparecer en la vida fabril internacional y local de principios del siglo XX:

La industria textil aparece como un ejemplo del proceso de desplazamiento de los artesanos y sus antiguos saberes por el trabajo simple y descalificado de los proletarios, “apéndices de las máquinas”. El empleo de mujeres y niños es entonces presentado como consecuencia e ilustración de la pérdida de calificación obrera generada por el maquinismo. (Arango, 1994, p. 45).

El oficio de la costura, como el del bordado se aprendía en la intimidad del hogar. Su enseñanza estaba a cargo de madres, hermanas, familiares y amigas muy cercanas, también consideradas como de la familia. Posteriormente la escuela fue el lugar privilegiado para formar a las mujeres en la costura. Desde el siglo XIX las jóvenes aprendían a coser, tejer, bordar, y a cuidar los instrumentos necesarios en esta labor, agujas, tijeras, hilos, lanas, tejidos. Las acepciones relacionadas con su tarea evidencian los momentos más importantes de dicha transformación: coser, confeccionar y diseñar en el taller, el hogar o trabajar en la maquila. Modistas y confeccionistas, cual seguidoras de Atenea, diosa de hilanderas y bordadoras, se dejaron ver fuera del precinto hogareño y transitaron de lo público a lo privado, del taller del hogar a las fábricas.

Los oficios se iban tecnificando y las mujeres que se apropiaron de dichos cambios, asumieron las funciones propias de la vida moderna a partir de resignificaciones de su quehacer, así como de los nuevos impactos que tendría en su identidad y en su vida familiar y social. Dichos presupuestos se vieron reflejados en la denominación de sus labores: coser, remendar, confeccionar, diseñar. Y no por adjudicársele a la mujer la pertenencia al ámbito de lo privado –a diferencia del hombre y su relación con lo público–, se puede desconocer en ella una clara faceta como “individuo técnico”, lo cual puede resultar paradójico, teniendo en cuenta una impronta acuñada al mundo de la técnica con lo masculino. Así que, si bien se puede hablar de la historia de la mujer como artesana de la aguja y del hilo en un oficio muy propio de su naturaleza femenina, es posible seguir su impacto en la cultura técnica que de allí deriva y comprender la configuración de su propio sistema técnico.

Cocineras y costureras crean y recrean a partir de los alimentos, la materia prima y los utensilios y artefactos que utilizan. Allí en palabras de Dagognet, el sujeto experimenta un goce y realiza una creación al sacar un objeto de la nada, que a la postre revela nuevos misterios (Solórzano, 2011).

No es posible, referirse al oficio de costureras y modistas sin mencionar el “sistema técnico” como lo presenta Miguel Ángel Quintanilla (1988). Para el caso de la mujer antioqueña resulta importante revisar las puestas en situación desde el punto de vista formativo-moral, social y económico. Siendo el aspecto formativo el que daría lugar a cambios sociales, culturales y económicos en el oficio de la modista y en la industria textil en Antioquia.

La historia del oficio, por lo tanto, permite entender cómo desde los procesos de individuación y las prácticas de subjetivación, la mujer pasa de un modo de vivir rural y medieval a uno moderno y contemporáneo. Desde la individuación, al comprender cómo incorporaba

el oficio a su modo de vida y cómo ella se adaptaba a éste desde el uso de la maquinaria, uso que en últimas terminaba por impactar sus relaciones sociales y la manera como era vista por los demás, y desde la subjetivación, en cuanto era capaz de transformar la cultura y dejar huella en la historia local de una sociedad que establece su desarrollo económico en industrias como la textil. En este proceso se pueden observar la relación de la modista con los objetos (usados en la costura o resultantes del oficio creador de la misma), su participación e incidencia en los procesos técnicos, la relación con el cuerpo y su incidencia en el procedimiento de la costura, confección, diseño, fases no instrumentales de una actividad indispensable para la supervivencia humana, sino que se trata de un modo de experimentación, adaptación y transformación del mundo desde una habilidad creadora.

Conclusiones

Es fundamental para referirse a los procesos de individuación y las prácticas de subjetivación, anotar los cambios en el nombre que la protagonista del oficio revela, puesto que se alude a contextos diferentes. No es lo mismo hablar del mundo que rodea a una costurera o una modista, que el de una confeccionista y diseñadora. Se trata de escenarios distintos que muestran grandes cambios socio-culturales y económicos y que se pueden ver en el estudio de fuentes orales e impresas, para aproximarse a la mujer como modista en un constante cambio, al objeto y sistema técnicos que usa, desde la década de los ochenta a los dispositivos mediáticos que se revelaron en la proyección de un oficio hacia una floreciente industria.

De otro lado, hablar de un oficio, artesanal y creador también reclama reseñar la creación y el objeto del oficio de hacer vestidos, que de paso remite a pensar en esta mujer desde otro enfoque como aquella que interviene la mirada del cuerpo vestido y termina por explicar cómo hacerlo y por qué. Es así como la costura revela la marca de lo femenino en diferentes circunstancias de la comprensión de la mujer en el trabajo que comienza por un nuevo camino que recorre desde el plano de lo técnico, para incidir en lo cultural y socio-económico. Sin olvidar que desde estas labores hoy como ayer, inscritas en el plano artesanal y/o manufacturero, sigue relacionada con tareas que responden a una necesidad esencial en el ser humano.

Referencias

- Federici, S. (2013). *Revolución en punto cero. Trabajo doméstico, reproducción y luchas feministas*. Madrid: Traficantes de Sueños.
- Foucault, M. (1991) *Tecnologías del Yo*. Barcelona: Paidós.
- Graves, R. (1985). *Los mitos griegos*. Madrid: Alianza.
- Mayor Mora, A. (1997). *Cabezas duras, dedos inteligentes*. Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura.
- Quintanilla, M. Á. (agosto, 1988). Técnica y cultura. *Teorema*, 17(3), 49-69. Recuperado de <http://www.oei.es/salactsi/teorema03.pdf>
- Solórzano, A. (julio, 2011). Devenir histórico de la materialidad de los objetos y sus efectos en la dimensión estética. *Dearq*, (8), 54-61.
- Verón, E. (1993). *La semiosis social. Fragmentos de una teoría de la discursividad*. Barcelona: Gedisa.